

dor... Tuvo tres estremecimientos, perdió conciencia de la realidad, y cayó desde lo alto de su ensueño á la negrura de la nada.



LIBRO CUARTO

I

CÓMO DIANA LA COPETUDA EXPLICÓ SU ENSUEÑO Y TIRRETA SUS AMBICIONES.

En general, veréis que las mujeres prefieren un fatuo á un hombre serio, un libertino á un amante de buena conducta... Semejante preferencia, por parte de las mujeres, consiste : en lo físico, en las conveniencias sexuales imaginadas por ellas bajo un aspecto más interesante; y, en lo moral, en ese sentimiento innato que hace que cada uno busca aquello que más identidad tiene con él.

La Mujer en el orden social y en el orden de la naturaleza. — 1787.

Desde las nueve y media de la mañana fueron echadas á vuelo las campanas

con motivo de la fiesta de la Pentecostés, y Diana, á quien se le había olvidado mandar aviso al campanero, despertó por segunda vez.

¿Había realmente soñado?

Al pronto, no lo dudó. Los ensueños de Diana la Copetuda solían ser voluptuosos é imaginativos. Le habían sugerido muchas fantasías que á veces la dejaban pensativa durante todo un día y que ella no meditaba sino con una especie de respeto, pues fuera incapaz de edificarlos estando despierta. Su recuerdo constituía fechas inolvidables en su monótona existencia. Entendíase claramente cuando se decía á sí misma que tal hecho había ocurrido antes del ensueño con el tambor mayor ó después del del negrito entre las dos institutrices. Así es que ya se disponía á clasificar el ensueño del paje á continuación de otros muchos, cuando, descubriendo razones de incertidumbre que no le sugiriera la sola reflexión, y no pudiendo, por otra parte, aceptar como verosímil un acontecimiento tan extraño, se hundió de lleno en la perplejidad.

Pausole, á quien las sonoridades del bronce habían acabado por distraer de

su pesado y dulce sueño, se incorporó, y, momentos después, estuvo fuera de la cama.

Era aquella la hora en que se ocupaba de sus asuntos.

Necesitaba un consejero.

Pidió que viniera Gilillo.

El paje se hizo esperar, pues había dormido poco después de tan ruda jornada. Rosina primero, luego Tirreta, luego Filis, luego Galatea, y por fin Diana la Copetuda habían experimentado, á turno, cuanto podía él ofrecerles como energía, perseverancia y atenciones; pero tales proezas habían determinado en el joven un poco de vértigo y cierto abatimiento. Así es que, cuando acudió al llamamiento del Rey sin haber descansado arriba de dos horas y media, tenía un retraso de veinte minutos. Pausole se había ido al cuarto tocador.

Gil entró, y, como estaba muy mal educado, Diana vió en seguida en su sonrisa que había compartido cuando menos su ensueño.

Al cabo de un momento de confusión, aceptó resueltamente una aventura en la que más había de sorpresa que de adulterio. Desde su cama, hízole seña al paje

de que se acercara, le rodeó la pierna derecha con brazo lánguido y desnudo, y le dijo lentamente y bajito :

— ¡Pillo! ¡bandido! ¡canalla! ¡horror! ¡racimo de horca!

Contestó él con voz de niño juiciosito :

— Perdón, Señora.

— Te detesto.

— Sí, señora.

— ¿Quién te ha enseñado eso?

— Mi hermanita.

— No vuelvas á hacerlo...

— Ya no lo haré más.

— Al menos... con tal imprudencia.

— ¡Ah bien!

— Y con nadie.

— Nadie. Nadie. Nadie. Jamás. Jamás. Jamás.

Diana, riéndose, le dió unas palmaditas á modo de zurra, y repuso casi en seguida, pero con mayor seriedad :

— ¿Espero que no la encontraremos esta tarde, á esa blanca Alina?

— ¡Ah! ¿no quiere usted?

— No me corre prisa alguna.

— Muy bien.

Y, para agradar á Diana con una confianza, añadió :

— Hay otra fugitiva.

— ¿Quién?

— La mayor de los Lebirbe.

— ¿Desde cuándo?

— Anoche. Me expuso que la vida de familia no se presta al vicio, que sentía en ella todos los frenesís, y que voces misteriosas la llamaban á la baja prostitución. Entonces la he enviado...

— ¡Muy mal hecho!

— La he enviado á una respetable señora que dirige un hotel particular de Trifema en donde muchas señoras casadas se ven con señores que también suelen estar casados, pero no con ellas, generalmente.

— ¡Vaya un granujilla que es usted! Eso es abominable...

— No tanto. El S^r Lebirbe es presidente de la *Liga contra la licencia de los interiores*, admirable sociedad cuya acción flaquea un poco, según creo. Cuando sepa que su hija mayor, en un interior famoso, admite todas las licencias y las toma á su vez, se sentirá con más celo y más ánimo para su propaganda.

La carcajada de Diana fué oída por

Pausole, quien, recién bañado, asomó con su traje de mañana.

— ¡Ah! ¿eres tú, pequeño? Sólo dos palabras tengo que decirte. Hiciste ayer averiguaciones cuyo relato no te pido, pero que deben de ser concluyentes. Acabo de leer la cartida que has hallado. Es muy afectuosa, pero no da informes. ¿Sabes qué ha sido de mi hija? ¿Dónde puede estar hoy? No deseo saber más.

Consentía Gilillo en salvar á la blanca Alina; mas, por varias razones, quería al mismo tiempo aproximarse á ella. Así es que, haciéndole á Diana una seña tranquilizadora, contestó :

— En Trifema.

— Basta. ¿Eres de parecer que emprendamos hoy mismo una nueva jornada?... Consultaré á Taxis por la forma, puesto que es mi consejero de por la mañana; pero sólo en ti tengo confianza.

— Vale más ponerse en camino, en efecto.

— Dices bien. Y, ¿qué hora te parece la mejor?

— Hacía media tarde.

— ¿Qué distancia recorreremos.

— Trifema está á cuatro kilómetros, los cuales se andan en tres cuartos de hora.

— Mucho camino es; pero lo andaremos. Me siento bien dispuesto esta mañana. Anda, y dile á Taxis que venga á hablarme á su vez.

Acudió Taxis, muy agitado.

— Señor, un nuevo crimen ha sido cometido esta mañana. Una virgen ha sido arrebatada al cariño de sus padres...

— ¿Cómo, cómo?...

— Por un sobornador desconocido. La hija mayor de nuestros huéspedes, ya no está en sus habitaciones.

Acogió Pausole con breve risa la noticia, y dijo :

— ¡Pobre Lebirbe! Tenía que sucederle...

— No puedo menos de establecer una correlación entre los acontecimientos extraordinarios que se producen desde hace algunos días, habiendo en todos ellos raptó ó seducción clandestina.

— No puede haber tal correlación, dijo con tono brusco el Rey. Á más de que tengo mis razones para que me parezca de mal gusto ese parangón, el simple buen sentido dice que un mismo individuo no puede seducir y raptar á más de una joven á la vez. Es usted hartó ignorante en las cosas de la galan-

tería, caballero. Hasta los confesores mismos creen deber ilustrarse en ellas. Pero, basta. ¿No tiene usted ningún otro asunto que presentarme?

— El desconocido á quien persisto en creer único autor de todos los atentados cometidos en estos últimos días, ha sido detenido, Señor, ó está á punto de serlo. También esta vez, sólo una palabra espero de vos.

— Siendo así, la doy. Ojalá pueda interrumpir un viaje cuya importunidad comenzaba ya á molestarme. ¡Que se acabe con ese asunto! ¿Dónde está el inculpado?

— En la carretera de Trifema.

— ¿Y, quién le acompaña?

— La Princesa Alina.

— ¿Cómo lo sabe usted?

— Efectuando investigaciones en el cuarto de la señorita Lebirbe, he hallado unos poderosos gemelos que sin duda la estudiosa niña empleaba para contemplar, astronómicamente, la obra insondable del Criador que el firmamento nos...

— Abrevie, Taxis. Es usted prolijo.

— Tomé pues dicho antejo, utilizándolo para observar las cercanías. La Providencia ha querido que ese objeto fuese

en mis manos el instrumento de un descubrimiento. Á doscientos metros, en el camino de Trifema, he visto á un joven cuyo traje responde por completo al que me ha sido señalado por mis esbirros como revistiendo al misterioso inculpado. Á su lado, con el vestido verde que todo el mundo conoce en palacio desde hace unos quince días, avanzábase la Princesa Alina. Tal es el resultado de mis esfuerzos. Creo debe prevenir á Vuestra Majestad que la premura en la decisión y en la acción es en absoluto necesaria para el éxito de sus proyectos, sean cuales sean.

— Mi opinión, dijo Pausole, es formal en un primer punto. Nadie más que yo tendrá misión de detener á mi hija. No me desdigo; bastante trabajo me ha costado decidirme á tomar tal resolución.

— En ese caso, es preciso ponerse en seguida en camino.

— Andando, pues. ¿Están listos los bagajes?

— Casi todos. Y los demás seguirán. He mandado ensillar las monturas, incluso mi fiel Kosmon, al que un estúpido malhechor ha hecho sufrir escandalosos ultrajes.

— ¿Cómo, también á él?

— Perdone Vuestra Majestad... Mi pensamiento...

— ¡Qué aberración! dijo Pausole. ¡En pleno campo, en un país fácil y sencillo, en donde puede cada uno disponer de muchachas tan guapas como poco hurafías, ir á tomar por compañera de un momento un penco feísimo y sin alientos como es el que usted monta! ¡Jamás creyera en tal depravación!

— Nada semejante he dicho, y...

— El tal es un hombre que merece más compasión que castigo. Me opongo á toda indagación... Echemos tierra sobre el asunto.

— Me explico...

— Se explicará usted durante el camino. La cosa no ofrece interés alguno. Dese prisa, Taxis, y despídase de mí por ahora.

El atropamiento se efectuó en el patio, en donde los guardias se formaron en hilera, desde la verja principal hasta la escalera.

Gilillo, ya en silla, mostrábase al pueblo curioso, cuando de un grupo de

campesinos se destacó la hermosa Tirreta.

Sonriente, con un poco de cansancio que se manifestaba en su semblante, se adelantó con trabajo mas no sin valentía.

Aunque era mujer capaz de hacer frente á toda una escolta armada, se dejó intimidar por el silencio y el espacio que rodeaban á los jinetes, y, sonrojada, se acercó á Gilillo :

— Gracias, señor.... Muchas gracias... Ha estado usted muy atento conmigo... y también esos señores... Gracias á todos... Gracias por su generosidad... Gracias... Gracias...

Luego, con un suspiro que partía del fondo de su franqueza, dijo, subrayándolas con un movimiento de cabeza, estas simples palabras :

— No olvidaré.

Pero Gilillo se inclinó desde lo alto de su zebra :

— ¿Qué es eso que tienes en la mano?

— El tulipán número cuarenta, señor... Lo he conservado para usted... para que le dé suerte...

— Linda atención. Lo conservaré, ¿Qué puedo darte á mi vez? Dímelo.

— Señor... se han portado muy mal conmigo en la alquería... El amo ha dicho que... que tenía yo mala conducta... que frecuentaba á hombres... y que no había ordeñado por la noche... y que le faltaban dos cántaros... En fin, que me ha despedido, y que aquí estoy con seis francos en mi pañuelo, y sin empleo por el momento.

— El caso es que ninguno puedo ofrecerle, mi pobre Tirreta.

— ¡Vaya que sí!... Yo veo uno... Estos señores no tienen cantinera... Duro es el servicio, lo sé; pero haré cuanto pueda por dar gusto...

— ¿Cómo? querías...

— Sí... Pero, durante los primeros días, iría en uno de los carros de los bagajes... Sólo más tarde montaría á caballo.

— Aceptado. Ve con los bagajes; excelente precaución. Y ocúltate bien hasta mediodía. Que no te vean antes, ¿me byes?

— Pierda usted cuidado. En este momento tengo más ganas de dormir que de otra cosa... Y nuevas gracias, señor... Tiene usted buen corazón para las mujeres.

II

CÓMO FILIS ENCONTRÓ MARIDO.

Cáseme usted, padre
 Ó soy muchacha perdida.
 Si no me casa usted,
 Tendré que andar por la calle
 En camisa ó desnuda
 Haciendo cuantas fechorías pueda.

Colección de varias canciones bonitas y nuevas. — 1542.

Tres jarrones de las reales manufacturas, un retrato con autógrafo y liberdades á los criados señalaron el pasaje de Pausole por casa del desdichado Sr Lebirbe.

Pero aquella visita le costó al anciano sus dos hijas.

El Rey, no sabiendo cómo consolar á su huésped después de la fuga de Galatea, y pensando haber aprendido por su experiencia del corazón humano que en la mayoría de los individuos el cariño quedaba supeditado á la vanidad personal, creyó aliviar todas sus penas anunciándole de buenas á primeras que, hondamente impresionado por la gentileza

de la joven Filis, le daba categoría de Reina, y se la llevaba á su harén.

Después, todo el séquito se puso en marcha; Filis, de azul, cabalgaba sobre un poney, á la derecha de Pausole, quien



iba sobre su mula. Á la izquierda iba Gilillo; Taxis iba delante; y, detrás, blandamente mecida por el paso náutico de su camello, Diana la Copetuda, medio adormilada, tendida de costado, reanudaba los hilos de su ensueño.

III

EN QUE FILIS CHARLA, ESCUCHA Y SE INSTRUYE.

Se parece, con su lindo traje,
á las libélulas de los jardines.
Jugueteaba con su atento amante,
cual mosca que se posa sobre un
mantel cubierto de dulces.

SYGOGNES. — 1609.

No podía Filis creer en tal suerte.

— Señor, decía, ¿de veras que seré una Reina como todo el mundo?

— Claro que sí.

— ¿Como las trescientas sesenta y seis? ¿Y viviré en el harén? ¿Y tendré tantas amigas? ¡Oh cuánto voy á divertirme!

— Me alegro de verte en tan buenas disposiciones, dijo Pausole.

— ¿Hay en el harén Reinas de mi edad?

— Unas treinta.

— ¿Tantas? ¿Y son agradables?

— Mucho.

— ¿Se tienen cariño, ó se disputan?

— Creo que más bien se quieren demasiado.

— Nunca hay sobrado cariño. ¿Son formales?

— No por cierto.

Filis, arrojando un grito de alegría, se alzó sobre sus muslos y recayó varias veces sentada, lo cual era su manera de manifestar juguetona alegría cada vez que montaba.

— Señor, dijo el paje, vais á tener más mujeres que días tiene el año. Seguramente que, á partir de hoy, tendréis el sentimiento de la riqueza en amor.

— Nada de eso, nada de eso, dijo Pausole. Despido á la Reina Dionisia. El harén está pacificado. Cada Reina tiene iguales derechos que se afirman una vez al año. No he de tener la extravagancia de comprometer, por un capricho, un orden de sucesión que ha de ser el orden perfecto, puesto que imita las revoluciones de nuestro planeta mismo.

— ¿Qué quiere decir eso? preguntó Filis.

Pero, reprendiéndose, añadió :

— Perdón, Señor. Muchas veces me han dicho que no hay que hacer preguntas. Pero no es culpa mía. No sé nada.

— Lo celebro, dijo Pausole. Pero, ¿qué entiendes por no saber nada?

— La lista de los reyes de Trifema, las provincias y alguna que otra regla de gramática.

— ¿Sabes todo eso? Admirable.

— Lo sé... lo sé... casi casi.

— ¿Y, ¿qué más querías saber?

Á esta pregunta contestó Filis con tal franqueza, que Pausole se sobresaltó.

Confusa y con la mirada al suelo, de nuevo corrigió la joven :

— ¡Perdón, Señor, he dicho una tontería! No debiera... Sobre todo en vuestra presencia... Pero siempre me ocurre lo mismo... Bien lo decía papá... Á los cinco minutos de estar á caballo, parece ser que soy inaguantable... Otra vez, pondré cuidado.

Pausole la tranquilizó :

— La culpa ha sido mía, pequeña, si te he dejado creer que te desaprobaba, pues has contestado muy bien.

— ¿De veras?

— Tal creo. Por de pronto, has dicho lo que tu corazón te dictaba.

— ¡Eso sí!

— ... Y hay que decir siempre la verdad.

— ¿Aun esa verdad?

— Es la gran verdad de las mujeres y la más hermosa ambición que puedan decentemente expresar. Si me hubieses contestado que lamentabas saber poco acerca de la mecánica celeste ó del cálculo diferencial, menos me agradara tu respuesta; no porque no haya en el mundo matemáticas y astrónomas que no hagan buena figura; sino simplemente porque, ésas, son semejantes á hombres, y se ingenian en tomar los defectos de una mitad del género humano que me inspira antipatía.

— ¡Oh, á mí no! dijo Filis.

Esta vez, el dicho pareció ligero.

Gilillo, siempre complaciente, se apresuró á acortar el silencio :

— ¿Habéis observado, Señor, dijo bruscamente, cuán parecidos son los trífemes á los franceses?

— ¡Vaya una pregunta! ¿Cómo querrías que así no fuese? Son catalanes y languedocianos mezclados; son de raza galo-romana.

— Sí; pero no es eso lo que yo quería decir. He venido de París creyendo encontrar aquí un medio distinto. Habláis

hecho una revolución completa, proclamado la libertad moral...

— Eso no significa nada, pequeño, dijo Pausole. La importancia de las revoluciones se mide por el interés que puede tener el gobierno en retardar su éxito. No ha habido más que una revolución improbable antes del éxito é inconcebible en el recuerdo : la que os ha dado la libertad religiosa, porque, al renunciar al derecho divino, el poder se ha privado de un sostén fundamental que hasta entonces le había asegurado una estabilidad varias veces secular. Pero ¿la libertad moral? La tendréis cuando la pidáis.

— ¿Qué es eso? se atrevió á preguntar Filis.

— No se te oculta, Gilillo, dijo Pausole sin contestar á la joven, que el día en que, en París, se tome el público la molestia de pedir una bailarina desnuda en la Ópera, se la darán en seguida, pues no por eso caerá el ministerio, sobre todo si saben los abonados que la bailarina es buena para él.

— Es posible; pero creía yo encontrar aquí un mundo más distinto del mío, algo al revés, una cosa nunca vista, un

contraste absoluto. Y, no obstante, todo ocurre como en el país vecino... Los caminos están tranquilos, las cosechas siguen su curso normal, los colonos echan de su casa á las mozas que se conducen mal; las reuniones particulares



ostentan gravedad, y las jóvenes parecen estar educadas con cierto rigor.

— Por supuesto. Nada cambia al hombre, pequeño. Únicamente se puede facilitarle y suavizarle la vida dejándole libre de hacer todo aquello que no perjudique á nadie. Y esto es lo que yo he querido inaugurar. Es más, hasta creo

que, desde hace muchos siglos, soy el primer legislador que se haya impuesto por principio el no fastidiar á la gente.

Filis se agitaba sobre su silla.

— ¿De modo que, Señor, las Reinas hacen cuanto se les antoja, en el harén?... Vaya, otra pregunta que se me ha escapado... Si resulto insoportable, hay que decírmelo... Además, estoy acostumbrada: siempre me están riñendo.

— No, no eres insoportable, dijo Pausole. Y me gustas así. Espero que, en el harén, no querrás hacer nada que no esté permitido. En todo caso, no es una cárcel. Mientras seas feliz en él, allí quedarás. El día en que quieras marcharte, no tienes más que decirme: Adiós.

— ¿Y no me obligaréis á quedarme? ¡Qué crueldad!

Pausole se volvió hacia Gilillo:

— Ya ves, dijo. Nunca pierde el hombre la costumbre de quejarse, y, tan pronto como obtiene la libertad...

Pero Taxis regresaba al trote largo.

— ¡Hola, hola! vamos á saber noticias, dijo Gilillo pérfido y zumbón. El señor Eunuco Mayor está de vuelta, después de

un fructuoso viaje. Sin duda que ha dado con la Princesa. Alabadas sean sobre la tierra y en los cielos su clarividencia y su táctica.

— ¿Qué princesa? preguntó Filis.

— ¡Los culpables están arrestados! gritó Taxis desde tan lejos como pudo.

— ¿Cómo? ¿mi hija? ¿Se ha atrevido usted á arrestar á mi hija?

— ¡Pero qué interesante es todo esto! dijo Filis en voz baja.

— No he tenido tal temeridad, contestó Taxis. Sólo he arrestado á los cómplices, á quienes he dejado allá bajo buena guardia. Son dos campesinillos de la aldea; sin duda que han mediado en el rapto, pues llevan el vestido y el traje de la Princesa y del desconocido.

— ¿Confiesan?

— Niegan; y esto es precisamente lo que les condena. Al verdadero culpable se le conoce en lo siguiente: comienza siempre por declarar que es inocente. Tan pronto recibida esta declaración, la policía manda encarcelar. Á mi juicio, hay en eso más que una presunción: casi una certidumbre. Es más; añadiré que, á falta de otras pruebas, con ésas me contentaría para condenar.

— Mande usted comparecer, dijo Pausole.

Y llegaron, cogidos de la mano, una campesinita y su hermano, llorosos y lívidos de miedo.

Explicaron, tartamudeando, que habían encontrado aquellas hermosas ropas en el patio de su casucha; que, por ser día de la Pentecostés, les había parecido que la Santísima Virgen les enviaba aquellos trajes de fiesta como recompensa de lo mucho que habían trabajado durante el año; que en ello habían visto un milagro, es decir, algo muy natural; y que, de haber sospechado lo que les esperaba en medio del camino, tirarían al fuego aquella ropa. En fin, tan humilde, tan cándida y tan simple resultó su actitud, que Pausole, encogiéndose de hombros exclamó:

— Taxis, está usted loco. Estos niños son unos perfectos idiotas, y, por consiguiente, no pueden obrar mal. El crimen es uno de los privilegios reservados á la inteligencia — entiendo cuando menos el crimen complejo y clandestino como el que perseguimos. Espero, para honra de mi hija, que ha sido raptada por alguien lo bastante listo para no pedir ayuda

alguna á los dos imbéciles á quienes ha detenido usted.

— Pido que, siquiera, sean registrados, dijo el Eunuco Mayor.

Taxis mismo desnudó á los dos hermanos, quienes se apretaron uno contra otro, con los dedos en las narices.

Sobre el polvoriento césped del camino tendió las ropas, registrándolas á fondo.

— ¿Nada? dijo Pausole. Ya lo sospechaba yo.

— Cuatro cartas, contestó Taxis.

Y, con deferencia no exenta de orgullo, las presentó al Rey con gesto vivo.

— ¿Dónde estaban estas cartas? preguntó Pausole.

— En el bolsillo izquierdo interior de la americana.

— Léame usted una; cualquiera.

Y, mientras Filis, prodigiosamente intrigada, se llegaba por detrás con su caballito, para leer por encima del hombro, Taxis dió lectura del primer billete.

« Monina mía : Despierta. Iré á romper tu campanilla á las diez y media. Mi chimpancé está de adjudicación en el campo. Estoy libre como una golondrina,

y, tan tierno me siento, que mis ojos se cierran... Manda á paseo á quien esté contigo, si no estás sola. En cuanto me vistan, á tu lado me tienes.

« Tu boca.

« CAMILO. »

— ¡Vaya una carta chusca! declaró Pausole. ¿Quién puede ser ese tal Camilo que neciamente se compara con una golondrina, y que posee un mono que hace adjudicaciones? Eso no tiene sentido.

— Oiga usted, susurró Filis al oído del paje, esa letra es letra de mujer. Para mí, hay algo raro en todo eso...

— ¡Hola, hola!

— ¿Debo decirlo?

— No. Haría mal efecto.

Y, sugiriendo á su zebra deseo de dar media vuelta, le dijo al Rey :

— Se pierde un tiempo precioso leyendo tales pamplinas : sé, desde anoche, quién acompaña á la Princesa...

— ¡También yo lo sé, caballero! gritó Taxis. Mi descubrimiento corrobora todas mis presunciones. Estas cuatro cartas están dirigidas á la « Sta Mirabella ». Una vez más afirmo que esa precoz entreme-

tedora ha servido de tercera en esta circunstancia, y que el culpable es su amigo, el cual la ha pagado para que hiciera lo que ha hecho.

— Pretendo, dijo Gilillo, que muy distinta es la verdad.

Y, seguro de la contestación que iba á recibir, añadió :

— Y es lo que voy á tener la honra de exponer al Rey, si se digna escucharme aquí mismo durante tres horas, en el transcurso de las cuales le daré cuenta de todas las investigaciones que he hecho en todo el día de ayer.

— ¿Y, para qué? dijo Pausole. Todo eso es inútil. No soy un jefe de policía, y no está en mi ánimo el tomar parte en las tareas de ustedes. Les repito que se entiendan. La explicación que ayer tuvieron ustedes, aunque viva, ha podido aproximarlos uno á otro. Hagan averiguaciones juntos, ó cada cual por su lado. Á mí, poco me importa. Sólo al final intervendré, para recuperar á mi hija, pues espero que acabarán ustedes por descubrir el sitio donde se oculta....

— ¿Así, pues, vuestra hija se ha marchado, como Galatea? preguntó Filis.

— No es lo mismo, contestó Pausole.

IV

CÓMO TAXIS SUPO POR FIN LA VERDAD
SOBRE TODO EL ASUNTO

Tengo en mi repertorio varios remedios : *Pulsatilla*, *Natrium muriaticum*, *Belladonna*, eficaces para los que se creen condenados.

D^r GALLAVARDIN (de Lyon).
— 1896.

Una vez puestos en libertad los dos campesinitos, todo el cortejo prosiguió su camino con dirección á Trifema.

No quisiera Gilillo mistificar al Rey Pausole, pues le tenía verdadero cariño, á pesar de haberlo hecho cornudo. Pero mucho menos vivos eran sus escrúpulos respecto del señor Taxis; y, como necesitaba paliar el desagradable episodio de las cartas, se llegó al Eunuco Mayor y le dijo confidencialmente :

— Caballero, por mi parte seré muy severo en la cuestión de indagaciones; pero creo deber anunciarle á usted que el inculpado es, por desgracia, correli-gionario de usted.

— ¿Qué dice usted? ¡Qué escándalo!
 — No se asuste usted. Su intención es recta, y sólo en apariencia le extravía. He aquí la verdad sobre todo ese asunto: un joven, escogido entre los más castos de una sociedad en la que hay muchos, ha sido encargado de una misión moral



en Trífema por un grupo de protestantes que habita Alais.

— Alais es una ciudad sin mancha, dijo Taxis.

— Ya sabe usted, caballero, que no comparto sus ideas, repuso Gilillo imperturbable; pero, á pesar mío, veo cierta grandeza, un generoso desinterés en las visitas que sus amigos de usted hacen á las cortesanas de nuestras grandes ciu-

dades, con objeto, sin duda alguna de purificarlas.

— Sólo con ese objeto.

— Tal es precisamente el fin que se propone el joven á quien buscamos. Desde hace cinco meses, según sus propias palabras, ha pasado todas sus noches, y á menudo hasta sus días, en camas de mujeres perdidas, yendo sin cesar de lecho en lecho, de repulsión en repulsión.

— ¡Noble joven!

— Su método particular consistía en enseñar su propia persona, la cual, en efecto, carece de atractivos, es desagradable y está mal cuidada. Se desnudaba, se acercaba á la pecadora, y con voz lamentable articulaba: « Esto es la carne; ¿ cómo es que no te repugna? »

— ¿ Ha convertido á muchas? »

— Á ninguna! La mayoría de ellas protestaban, afirmando no haber tocado en su vida nada tan tentador como su cuerpo, y que les gustaban mucho los rubios (pues es rubio). Otras le explicaban que no eran menos amables con aquellos que no eran precisamente guapos, y que, mediante doble retribución, darían doble cariño. Aun aquellas que eran lo bastante francas para decir de él lo que

pensaban se negaban á injuriar con igual desprecio á sus demás amantes. Éstas eran las más jóvenes. En fin, que ya iba á marcharse muy desconcertado, cuando, al saber que la Princesa Alina habitaba no lejos del harén, juzgó que ningún alma estaba tan en peligro como la suya, y tuvo la gloria de salvarla.

— ¿Cómo lo consiguió?

— Esto es un secreto. Al mismo tiempo, extirpaba también del seno del pecado á una pobre bailarina llamada Mirabella.

— ¡Por fin todo se explica!

— Pero dicha bailarina carecía de dinero para regresar á su país y olvidar en él su juventud dedicada al vicio. Su consejero no pensaba en ayudarla, por tenerle horror á las prodigalidades. La Princesa Alina se encargó de ello, y así fué cómo pudo, el mismo día, no sólo preservarse ella, sino también sacar del abismo á otra oveja. He ahí por qué escribí é hizo llevar adonde usted sabe, por mano de una camarera de palacio, la carta que le alarmaba á usted.

— Todo se explica, en efecto. Y los billetes encontrados...

— Son los últimos testigos de una existencia de desorden. Al pronto, quiso

destruirlos Mirabella; pero, después, optó por dárselos á su buen pastor como prueba de sincero arrepentimiento.

— Y esa ropa... la americana azul... el vestido verde...

— Un regalo á pobres campesinos. La Princesa Alina y su compañero, sólo de negro quieren ya vestir.

Taxis miró fijamente al paje:

— Caballero, dijo (y me excuso de antemano de lo que voy á presumir), tengo motivos para creer que se burlaría usted de mí si le diera ocasión para ello. Pero, hoy, le creo á usted, ¡oh! le creo á usted! La Verdad ilumina lo que acaba usted de decirme. ¡Siento que así es! ¡Lo sé! ¡Lo grito!... ¡Semejantes cosas no se inventan!... Desde este momento, una lucha espantosa va á reñirse en mi corazón entre mi deber moral y mi deber público... Sí protejo á la Princesa, traiciono al Rey... Si la entrego, arranco un alma á la virtud... Por un lado, la iniquidad; por otro, el pecado... En uno y otro caso, el infierno me acecha... ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? ¿Quién me iluminará?

El poney de Filis llegó á galope en medio de aquella desesperación. Empur-

purada y jadeante, la muchacha gritaba:

— Pero, ¿están ustedes ciegos? ¡Miren hacia adelante!... Allá, en el camino...

V

CÓMO EL REY PAUSOLE FUÉ RECIBIDO
POR EL PUEBLO DE TRIFEMA.

El 30 de enero de 1589, hubo en la ciudad varias procesiones en las cuales había, entre niños, niñas, hombres y mujeres, de quinientas á seiscientas personas completamente desnudas, de tal suerte que, — ¡Dios sea loado! — jamás se vió cosa tan bella.

Crónica de las cosas ocurridas en Paris desde el 23 de diciembre de 1588.

Por la carretera, bajo el hermoso sol de junio, adelantábase una muchedumbre, anunciada por bullicio, canto y música.

El paje y Taxis se detuvieron.

— ¿Qué gente es esa? dijo Pausole, que ya había llegado á ellos.

— Me parece, dijo Gilillo, que Trifema prepara á su buen monarca una recepción triunfal.

— ¿Cómo? ¿una recepción? ¡Pero si estoy haciendo un viaje secreto!... Después de todo, quizá no haya guardado un riguroso incógnito, puesto que vengo con cetro y corona; sin embargo, no había yo dado aviso de mi llegada, y me asombra lo que estoy viendo.

— Trifema está á siete kilómetros del palacio real. Con bicicleta, se recorren en un cuarto de hora. La ciudad entera ha tenido noticia de vuestra salida de palacio ayer antes de mediodía. Ha tenido todo el tiempo necesario para preparar una acogida cordial y pomposa, y se me figura que no podremos evitarla, Señor, que nos guste ó no.

— Lo siento, pero me resigno, dijo Pausole. Aceptemos con cara risueña lo que tengan á bien imponernós. La popularidad es una carga pesada; pero tengo por loco á quien rabie contra ella.

En el centro de una glorieta, la cabeza de la procesión se detuvo á seis pasos del Rey.

La formaban dos jóvenes doncellas montadas á horcajadas sobre yeguas